

Viaje al entierro de un padre

Creí haber recorrido esa gran distancia, severos kilómetros, bajo el peso y el apuro por salvar la palabra empeñada en mi temprana juventud: sostener su mano en los últimos estertores.

Íntimamente me develaba el intento por adivinar mi propia muerte. ¿El final sería en inspiración o en exhalación? Este detalle marcaba una diferencia tremenda en la erótica del aire. Si pudiera elegir una de ellas; si la lucidez me permitiera soltarme de todo, hasta del aliento.

Al llegar me dijeron que había muerto en un momento en que nada ni nadie dependía de él; por eso su muerte era un modesto acto de extinción. Sin melodramas ni tragedia.

Una forma del infierno

Dícese de un hombre que, a fuerza de cometer los pecados más audaces, por lisonjear amores sin merecerlos, por exaltar la belleza de la poesía y no la de las divinidades, por florear con imprudencia ciertas inmoralidades, por adular los riesgos vanidosos del heroísmo, por eludir batallas, por ser cobarde, y por muchas más cosas, se ganó el Infierno.

Primero temió los sufrimientos eternos; estando ya muerto y condenado, el hombre mantenía tristemente sus facultades mentales. Mientras sospechaba el carácter de su condena en todas sus formas, dos hurañas criaturas lo tomaron de sus hombros y lo condujeron hasta un espacioso y negro rincón. Las manos de las criaturas sujetaron su rostro hasta dejarlo quieto sin posibilidad de movimiento. ¡Contempla tu condena!, vociferó con irritación una de ellas. Observó el rincón, y frente a él se abrió una tenue luz que fue aumentando su esplendor. Vio un rostro y después un lugar conocido. Detrás de un cristal vio un inmenso cielo con dispersas nubecillas y un barrio lleno de edificios. Y

*Observó el rincón,
y frente a él
se abrió una tenue luz
que fue aumentando su esplendor.
Vio un rostro y después
un lugar conocido.*

El complot de los encargados

Cuándo conocí a Neus le pregunté si era artista, algo en su barba me lo sugería “sí, escribo haiku” me respondió. Miró a los costados como para cerciorarse de no ser vigilado. Tras desgranar algunos datos personales lo invité a mi departamento.

-Menos mal -dijo una vez adentro. El hall... el hall no es de confiar...

Preparé té y serví bizcochuelo mientras él miraba mis libros.

-Pareciera que te mudaste hace poco -dijo y se sentó en mi único sofá -¿Te enteraste de lo del enc... portero?

Mostré mi desconocimiento para soportar la lata.

Entré a la habitación y alcancé a distinguir sobre su mesita de noche los lentes y un paladar rosalbo y acrílico munido de pequeños dientes ambarinos en los extremos. Pensé en esos restos sin linaje que no accedían a la dignidad de la tumba. Denunciaban el modo en que malgustaba la vida mi padre. Irrelevantes, no reintegrables al cuerpo.

Al quedar allí se deshacían del valor ruinoso con que yo sostenía, desde mi silencio, su sombra alta, su nombre, sus avatares.

No eran más que los restos escombrosos de un viaje. Trozos desmontables, añicos, piedritas de Demóstenes, que me habían apurado a hablar en otra lengua que la nostalgia.

Pilar ORDÓÑEZ

ese rostro que conocía, surgió en el medio de esa visión. ¡Era Marina! Ahora podía verla del todo, era el rostro suplicante y sollozo de Marina. ¿Pero qué es lo que hacía aquí, en las profundidades del Infierno?

Escuchó su voz, corrompida por el miedo y la tristeza. Conocía ese instante de su vida icómo poder olvidarlo! Reconocía la confitería, reconocía la esquina y el instante que había injuriado a la mujer que había amado y que, secretamente, nunca había dejado de amar. La vio llorar, la vio con la desesperada pasión que poseemos en todo final. Y escuchó sus propias injurias y su desdén. Se vio salir con violencia de la confitería, y no podía suspender sus movimientos, y ella que no se atrevió a seguirlo; no sabía entonces que sus vidas se bifurcarían para siempre.

Mientras esperaba, no supo sospechar la más triste de las condenas: contemplar nuestra propia memoria.

José Ignacio ALONSO

Creí que se trataba de uno de los tantos paranoicos que proyectan sus propias incongruencias en los demás.

Nos despedimos. Esa noche soñé cinco víboras.

Resumo el discurso de Neus: los porteros ya se habían apropiado de un par de departamentos. Operaban en colaboración con abogados y disponían de gonzúas. Comenzaron a aparecer haikus como este “Los lagartos nos aplastan reptando. Es la contra-evolución”, Neus.

Cada vez eran más frecuentes los cortes de agua y de luz. Al lado mío se mudó un ex presidiario. Puse en venta mi departamento urgente y casi lo regalé. Recuerdo que en el escritorio del escribano me sorprendió un libro de poesía china del S. XV.

Federico Matías LÓPEZ

La señora Dalí (tercera parte)

Ya en la cárcel la correspondencia se hizo regular.

Un rumor decía que las cartas las mandaba la secretaria del abogado, otro decía que las escribían sus compañeras de prisión para burlarse, otros que eran escritas por los carceleros aburridos. Y no faltó quien dijo que las escribía ella porque tenía “doble personalidad”. Emitía y recibía sus propias cartas, sin saberse agente de lo que ocurría.

Pero el abogado, joven y arrogante, tenía los sobres con sellos postales autenticados por el Correo Central.

En los primeros meses la mariposa de alas negras no apareció por la cárcel, aunque la señora Dalí creía ver su sombra en el muro del patio. Pero una tarde estuvo segura; los guardias jugaban a cazarla con rifles de aire comprimido.

Esos guardias eran mujeres, eran detestables. “Así que la viuda es ella” se burló la que conocía la historia porque se había ganado su confianza en la soledad de los primeros días. Otra recordó el caso Burgos, un hombre que descuartizó a su novia y la distribuyó por diferentes medios en diversos puntos del país. Al menos, acotó, no ganó plata con los restos de la infortunada.

“Gastó plata en estampillas”, acotó otra.

La señora Dalí no se molestaba, leía las cartas donde la princesa le describía el Beirut que ella había dejado cuando era una niña, cuando caminaba detrás de los zapatos de su padre hacia el puerto, cuando cruzaba el mar sin saber nada. Nada de nada. La princesa le hablaba de telas de algodón, del Mediterráneo, de uvas y de vinos exquisitos. Le hablaba de muselinas y de sedas crudas.

*En los primeros meses
la mariposa de alas negras
no apareció por la cárcel,
aunque la señora Dalí
creía ver su sombra
en el muro del patio.*

De sus viajes por Alepo, de sus llegadas nocturnas a Damasco. Le enviaba una fotografía de la mezquita mayor, antigua catedral de Juan Bautista, construida en el 1100. Le contaba historias de Herodes, de suntuosos edificios que se destruyeron, como los monumentos cristianos.

Puede ver el agua que golpea contra las

murallas del puerto de Beirut, puede ver a la princesa apoyada en gruesas cadenas marinas, mientras contempla un monumento y mira barcos que se alejan. La escoltan dos perros que se frotan, hocico contra hocico. Los hombres la miran, no se atreven a dar un paso.

La escena es conocida por los que frecuentan la zona sur del puerto de Beirut, donde la ven cada mañana escoltada por los perros. Algunas veces lee cartas, lee con el pelo al viento y el cuerpo quebrado sobre su pierna izquierda.

Cuando se retira -un carruaje, con el tiempo es un automóvil- elige a unos de los hombres del puerto que la satisface con su boca entre las piernas mientras la princesa se entretiene con la fronda de los árboles y la silueta de los edificios de la ciudad. Los familiares simulan no saber de qué se trata.

No saben nada de los perros, de los desgraciados de los puertos, de las cartas extrañas en lenguas extranjeras. Cuando son interrogados por la policía -cosa que ocurre cada año- hablan de una correspondencia con una princesa francesa, residente en Buenos Aires, que se dedica al arte de los sueños.

La policía de Beirut no cree nada de esto, interrogan por la rutina que se mide en el dinero que reciben.

Germán GARCÍA

Clavó Plablito

Me enteré que en ciertos lugares venden antibióticos para el tétano de estos clavos. No es verdad. Ningún remedio es efectivo si tomamos en cuenta que para cada quien, el clavo tiene una composición distinta. Pero sí recomiendo una suerte de ungüentos que, aplicados sobre la piel, dejan aroma a jazmín y una sensación de somnolencia, indicada para cuando el clavo aún está demasiado intacto o reaparece en el torrente sanguíneo provocando mareos y náuseas. Ni hipnotismo, ni psicoanálisis, en cuestiones orgánicas esto es igual a cero. Tenemos que darnos cuenta de la existencia del clavo, reconocerlo, y después, dejar que siga su curso. Un recorrido doloroso y en algunos casos con cierta pestilencia, pero nada puede hacerse mas que aprender del pinchazo para la próxima vez, mantenerse lejos. La distancia óptima entre las fibras de un músculo es cuando éstas no están ni contraídas ni estiradas, es decir, cuando están relajadas.

Relajados avancemos entonces con la vista entrenada, el tacto sensible y agudo, el razonamiento como fiel sirvienta. Relajados avancemos pero, siempre saber, siempre en claro: ellos pueden transformarse, pero nunca, inunca!, los clavos desaparecen.

Majo LÓPEZ TAVANI

Washington Sondon y el regreso de Concha Rayada (parte III)

VII

-¿Usted cree que si le tendemos una trampa en la casa de la periodista podremos atraparla? -interrogó Fraga a Sondon.

-No. Es obvio que no la va a matar en la casa -contestó el detective.

-Pero sin embargo a la primera víctima la asesinó en su domicilio -refutó Canabro.

-Claramente no era su domicilio aún. Había libros apilados por doquier -explicó Sondon.

-Eso no indica nada. Yo tengo en mi casa muchas revistas apiladas en distintos lugares insistió Fraga.

-En primer lugar eso indica que usted es un pelotudo. No va a comparar el tratamiento que le puede dar a un libro un ignorante de mierda como usted con el tratamiento que le daría alguien que se dedica a la literatura. Es obvio que ese domicilio era transitorio para ella -perdió la calma Sondon.

-Entonces estamos perdidos -se lamentó Fraga.

-Tenemos que buscar la nueva pista que el delincuente debe haber dejado en el interior de la víctima -murmuró Sondon al mismo tiempo que la camioneta de la morgue arrancaba con el cuerpo.

VIII

-Envenenamiento. Encontramos restos de kerosene, endulzantes artificiales, ácido sulfúrico, ron, acetona, colorante rojo N°2, aceite para ejes y ácido de baterías -informó Samudio leyendo el informe de la autopsia.

-Murió al instante ¿no? -preguntó Canabro.

-Y, con todo eso en el estómago... -dijo a entender el forense.

-¿No sacaron al gato aún de la ventilación? -preguntó Fraga mientras se tapaba la nariz con un pañuelo para evitar el mal olor.

-No. Y ahora el personal de mantenimiento está de paro, así que tenemos para rato -contestó Samudio.

Mientras tanto Sondon se acercó al cuerpo, sacó su navaja, escarbó en las entrañas del difunto y extrajo un papel con un mensaje.

-“Él o la que mató acá matará allá. Busquen al mejor, pero no se encandilen” -leyó en voz alta Sondon. Inmediatamente agradeció a Samudio y salió de la morgue. Fraga y Canabro se miraron sorprendidos y sin decir nada siguieron a Sondon.

IX

Los tres entraron a la oficina en el octavo piso de una importante torre. Sentado con la mirada fija en el suelo, Román Murias, el famoso representante de estrellas les señaló a los policías una gran caja que había a su izquierda. En su interior, el cuerpo de la periodista, todo pintado de verde.

-La puta madre. Volvimos a llegar tarde -se lamentó Canabro.

-Ganemos tiempo. Vamos a despanzurrar al fiambre ahora así le sacamos la pista -dijo Fraga mientras se acercaba a la caja.

-No. Hay reglas Fraga. Tiene que intervenir Samudio primero -lo detuvo Sondon.

-¿Qué reglas? ¿Desde cuándo son tan importantes las reglas? -insistió Fraga.

-Si no fueran tan importantes, hace rato que te hubiera cagado de un tiro, mocoso de mierda -le explicó. Fraga comprendió.

-Bueno, ustedes quédense acá hasta que vengan a buscar el cuerpo. Nos vemos en un par de horas en la morgue. Yo tengo algo que hacer -dijo Sondon y abandonó la oficina.

Mariano QUINTERO

La casita de mis viejos

Recuerdo el jardín del frente de mi primera morada. Recuerdo perfectamente el aroma de los rosales, de las glicinas. Mi madre cuidaba las flores con esmero y no se sabía quién le debía su aroma a quién. El jardín del frente... dos sillas en la puerta, mis viejos sentados, tomando mate, y yo jugando a la rayuela con los pibes del barrio. Y cuando el sol caía, todos adentro, la luz eternamente tenue de la cocina, la mesita de madera que inevitablemente rengueaba (nunca supimos si por un problema del mueble en sí o del suelo tal vez irregular). Allí las cenas eran el mejor momento del día, porque todos nos reuníamos en torno al plato de sopa, al guiso, al churrasco con ensalada... nunca fue muy variado el menú pero siempre delicioso, así lo recuerdo. Después de la cena venían las charlas de mis padres, que Carlos, mi hermano mayor, y yo presenciábamos en silencio y con admiración. Luego, los chicos a la pieza del fondo y mi mamá y mi papá a la suya, que era para nosotros un lugar casi desconocido. Recuerdo también las 'luchas' en las camas desvenajadas con Carlos, casi diez años mayor que yo, hijo del amor infinito que le tuvieron mis padres que lo adoptaron cuando pequeño...

Después de la cena venían las charlas de mis padres, que Carlos, mi hermano mayor, y yo presenciábamos en silencio y con admiración..

La casita de mis viejos... la casita gigante de recuerdos, pero de escasos 40 metros cuadrados, que mis tíos -lo sé porque mis padres lo contaban cada vez que podían- les regalaron cuando se casaron, “de un corazón enorme tus tíos”, decía mi mamá. Esa casita ahora está en venta. Mamá ya no está, se nos fue la viejita. Y papá... papá está grande y tiene problemas de salud. Nos contaron los vecinos que lo vieron defecando al lado del último rosal que quedó en pie, pobre viejo. Y en medio de ese triste cuadro, mis primos -sin siquiera consultarnos a mi hermano o a mí- decidieron venderla y dicen que no nos van a dar un peso por la propiedad. ¡Si mis padres pagaron siempre todos los impuestos! ¡Algo nuestra debe ser la casita! Qué digo 'nuestra', si ese Carlos ni hermano es en realidad. La casita es mía, mía y de

mi viejo bah, pero el viejo se caga en todo, digamos que no le importa. Yo digo: 40 metros cuadrados en Villa Tesei, en un barrio que antes no era nada pero que ahora es enorme, tiene que valer sus 30.000 dólares, ¿no? 30.000 dólares por lo bajo, digamos. Con eso abro un kiosco, no sé, lo pongo al viejo a atender que total, atender puede, amable sigue siendo, y le va a venir bien sentirse valioso, importante. Porque el trabajo dignifica, ya lo decía mamita mientras regaba las glicinas.

Yanina BOUCHE

-Bueno, ¿cómo te llamas?

-Odradek- dice él.

-¿Y dónde vives?

-Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Cuentos seniles: El festejo de Odradek hacia el Bicentenario

Con baile, desfile y hasta demostraciones de destreza deportiva, la revista Odradek realizó su gala anual para festejar el tercer aniversario.

Betty Krieger Vanesa de Chupitea se mostró exultante por el éxito del show que logró agrupar a casi 300 personalidades del mundo empresarial, político, deportivo y del jet set vernáculo, y que contó con la "visita de médico" del presidente del Club Deportivo Armenio, Dr. Noray Nakis.

La finalidad, como siempre, pasar un rato amable, ameno, bailar y departir en compañía, a la vez que se hace una buena obra por los que menos tienen.

En la mesa principal de la comida, como huésped de honor, el jefe de Gobierno de la

Ciudad compartió la velada con sus antecesores y sus respectivos ministros de Cultura.

Jean Baptiste Derouge fue el responsable del menú. Contó con la asistencia de 6 supervisores de servicio, 12 recepcionistas y 34 mozos. Además de 3 chefs, 8 cocineros y un sushiman. ¿El resultado? “Excitante”, según Luis Luque. En números: 700 piezas de sushi, 14 salmones, 42 kilos de langostinos, 8 jamones serranos, 6 perniles de ternera, 5 perniles de cerdo, 1.200 tacos mexicanos, 15 fuentones de ensalada de la huerta del quintero, 3 variedades de mini-pizetas, 3.600 piezas de mini-repostería temática y 92 litros de café instantáneo. Además, Heladerías Dumbo aportó su infaltable barra de helados. ¿Los sabores? Banana, dulce de leche, chocolate, crema americana

y limón. La barra estuvo bien provista: 500 litros de cerveza, 54 de vino tinto Malbec, 45 de Chardonnay, 45 de Rosé Bouche, 32 de Blanco, 122 botellas de Cool Wine y 176 de Champaña Extra Drut. Además hubo una barra especializada en aperitivos García con hielo y limón, con dos barmen para servir mojito, caipirísima, cuba libre, daiquiri, fernet y whisky. También se sirvieron 500 litros de bebidas sin alcohol, entre agua mineral, gaseosas bajas calorías, gaseosas regulares y gaseosas altas calorías.

A medianoche los invitados brindaron por el éxito de Odradek, una excelente publicación que ya está a solamente ciento noventa y siete años de festejar el bicentenario.

Roberto GÁRRIZ

Lugares

esa ruta herbácea. Pero ahora hay un hombre con ella, no consigue ver quién es y se aleja corriendo.

Shim escucha un choque de hierros delgados a cierta distancia, y no se mueve. Quiere decirle algo a la anciana, aunque parece estar esperando que sea ella quien le explique para qué lo trajo hasta allí, por qué, si él estaba yendo hacia otro lado, si ya estaba en camino de encontrar lo que nunca se cansa de buscar. Octubre, claro, la gata que un día se fue.

-Tengo sillas, hijo, no te quedes ahí parado. De todos modos no es mucho lo que tengo para decirte. Qué puedo decirte. Te asomas y huyes, como cuando eras pequeño. No te ayuda empezar siempre de nuevo. El destino - con la mano espantó el aire enfrente de su cara-, ay, el destino. Es puro papeleo -y empezó a sacudirla una risa honda, desbordada, maravillosa, demasiado vital para su frágil figura. Se levantó del sillón y dejó el tejido a un costado mientras continuó sentada tejiendo su crochet. Fue a la cocina con una agilidad que la hacía ver liviana, volátil, al tiempo que, inmóvil, no fue a ningún lugar. Shim la siguió.

Nora MARTÍNEZ